

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## INFLUENCIAS

Un escritor insigne decía hablando de Francia: «De las personas que nos encontramos en la calle, la tercera parte lo menos va á cualquier sitio á solicitar de cualquiera cualquier cosa.» En España tendría que extender su afirmación, y contar que son más de la mitad de los transeúntes; y el resto, gente que sale á «matar el tiempo», ese recalcitrante inmortal que acaba por enterrar á sus asesinos.

Lo único en que aquí suele derrocharse actividad, es, efectivamente, en fomentar, desarrollar y cruzar influencias de toda especie, devanándolas en complicada madeja, para conseguir de tal manera lo que sería mejor obtener por medio del trabajo, la industria y la constancia. ¿Es que nuestra raza carece de la fuerte iniciativa de la raza sajona, la que redobla tan vigorosamente el pronombre personal *I, myself*, y se apoya, como en férrea columna, en el *self-help*, la ayuda propia? ¿Es resultado de una larga práctica de determinados sistemas políticos, en los cuales lo hacen todo el favoritismo y el capricho de los gobernantes, y poco ó nada el mérito, la energía y el valer del sujeto? ¿Es la maravillosidad, es la propensión de nuestra meridional fantasía á inventar y forjar golpes de la suerte, inverosímiles é inauditas combinaciones del acaso; á soñar la mágica varilla del brujo, la casualidad feliz que hace encontrarse en un mesón ó en una feria y fraternizar al general con el recluta, al rey con el pastor, al millonario con el mendigo, cambiando de súbito la decoración del destino, convirtiéndolo al recluta en oficial, en primer ministro al pastor, al mendigo en capitalista? ¿Es que en efecto se consigue aquí todo, ó casi todo, por el atajo de las influencias y de las recomendaciones, y que ese camino tortuoso es, realmente, más seguro y firme que el camino recto, pero pedregoso y áspero, de la laboriosidad y del merecimiento? Confieso que muchas veces he meditado acerca de este problema, al ver la formidable importancia que revisten en la vida contemporánea «los empeños.»

Hablo ¡ay! de males que padezco, de chinchorrias que me abrumen. No soy personaje político, no soy ministro, subsecretario, director, obispo, gobernador civil, diputado, senador, cacique, ni cosa que lo valga. Me paso la vida entre mis libros; puedo llamarme en cierto respecto un cero á la izquierda, y si el rodar de la bola trae para España complicaciones, desventuras, crisis, bajadas y subidas, no es ciertamente que yo empuje ni con el dedo meñique la bola susodicha. Pues á pesar de estas condiciones en que me ha colocado la condición de mi sexo; á pesar de que las incapacidades legales de la mujer deberían servir siquiera para que no nos hostigasen «recomendando», no pasa día sin que me vea agobiada de solicitudes, sin que de palabra y por escrito soliciten de mí tirios y troyanos, hasta indiferentes y desconocidos, un sinnúmero de favores, puestos, momios, gangas, empleos, cargos, ascensos, colocaciones, traslaciones, ventajitas y beneficios. A mí me piden que pida indultos, que dé capellanías, curatos y canongías, que haga fallar pleitos en este sentido ó en el de más allá; que ponga en colegios gratis á niños y niñas; que vindique agravios, que repare injusticias, que maneje palillos tan delicados como los de oposiciones y concursos á cátedras, notarías y registros de la propiedad; que active la concesión de pen-

siones, el cobro de atrasos, y hasta, por pedir, me piden neutralidad... ¡Esto es lo más fácil de conceder!

La recomendación es capciosa é insidiosa. ¿Por qué hemos de negarnos á una obra benéfica, un acto de generosidad realizado así al descuido, como quien no hace nada, sin que nos cueste sacrificios en metálico, sin más gasto que el de saliva ó tinta? Es el argumento que emplean los solicitantes para forzar la voluntad. «Una palabrita, dos renglones de su puño... y me he salvado: mis hijos tienen pan, de mi casa se va la miseria...» ¿Quién se resiste? Es decir, ¿quién no se alegraría de acceder y triunfar? Sólo que la suposición es gratuita, pues no creo que ni aun las personas que decisivamente influyen, las *buenas cuñas*, influyan así, con una palabra, con dos renglones. Las plazas, hasta las más ínfimas y mezquinamente retribuidas, no se conceden y reparten á voleo, como piensan los milagrosos de la recomendación. Andan tan perseguidas, escatimadas y rebuscadas; está la heredad tan espigada, que hay quien considera menos dificultoso improvisar un ministro, que nombrar un portero del ministerio. Juegan en esta clase de asuntos múltiples resortes, incalculable número de esfuerzos se entrecruzan y entretajan; hay negocio «de colocación» que constituye una verdadera telaraña fina, un laberinto de influencias en diferentes sentidos, dominado por una influencia ó dirección principal que acaba por vencer é inutilizar los restantes. Obtener la posesión de un exiguo sueldo para un protegido, supone semanas y á veces meses y hasta puede suceder que años de postulación paciente, asidua, resignada, heroica. Cualquier recomendación implica un gasto de tiempo que no calculo en menos de veinticuatro horas una con otra; y desprecio por insignificantes, seanlo ó no, los gastos de envío de recados, porte de cartas, etc.

Ahora bien: el tiempo es lo que más suele escasear para los que residen en grandes centros de población y tienen un tablero de quehaceres de mil casillas. Si pudiéramos ir cogiendo uno por uno á los que piden recomendaciones y exponerles el argumento de Rothschild, no sé si les convenceríamos (el solicitante es más terco que mula manchega); pero de fijo les inspiráramos compasión. Es el caso que Rothschild tuvo el humor y la paciencia de ir apuntando en un cuaderno todas las peticiones de dinero que le dirigían y de sumar las partidas al cabo de algunos años; y la suma de los peticorios arrojaba un total muy superior á la fortuna regia de Rothschild. El archimillonario enseñaba la adición á los pediguños y decía: «Si yo hubiese accedido á los ruegos de esta gente, ya lo ve usted...», hace tiempo que estaría completamente arruinado; pediría limosna á mi vez.» Apliquemos á las recomendaciones el procedimiento de Rothschild, y sumemos. Por término medio, una persona que no es poderosa recibe al mes sobre cincuenta ó sesenta cartas ó solicitudes verbales recomendando algo. El mes (no siendo el de febrero) lleva de treinta á treinta y un días. Figúrenos que cada recomendación, entre informes, pasos, carteo, visiteo y demás gestiones, no roba sino cuatro horas. Hemos dicho sesenta recomendaciones: á cuatro horas una, en treinta días son doscientas cuarenta horas; diez días, salvo error de cuenta. Pero como el día no tiene más que doce horas útiles, pues hay que descontar siquiera las de comer, dormir, asearse y vestirse, aparecen ya dedicados al desempeño de las recomendaciones unos veinte días del mes. Quedan diez para los asuntos personales de cada cual, para el trabajo, para el recreo, para la familia, para los viajes, para administrar nuestros intereses; en suma, para lo que nos importa á nosotros mismos y no á los demás... ¿Salta ó no salta á la vista lo absurdo de esta hipótesis? Y sin embargo, es tan exacta como la cuenta de Rothschild el rico. Una con otra, las recomendaciones no salen á menos. Si las hay que se despachan con una carta, las hay también que requieren asiduidades varios días. Los indultos — tan difíciles de conseguir — imponen una peregrinación (iba á decir de Herodes á Pilatos, pero diré de Zeca en Meca), un detenido examen de datos y antecedentes, una odisea oficinesca, un gasto de fuerza y de voluntad que asustan. ¡Y qué triste es, entre paréntesis, esto de los indultos! ¡Qué concepto se forma de una sociedad donde la vida humana puede ser pedida y otorgada mediante recomendaciones! ¡Qué aspecto tan extraño y lúgubre el problema de la influencia!

Sólo el contestar á las cartas de recomendación (si se contestase), exigiría el dispendio y el tono de un secretario; es decir, que las recomendaciones atendidas nos pondrían en el caso de crear un nuevo empleo á costa de nuestro presupuesto particular. Así es que por fuerza hay que ser mal criado, incivil, grosero y sordo, dando la callada por respuesta expresiva. A decir verdad, no creo que se peque de

grosería cuando el corresponsal desatendido es una persona que no conocemos y á quien no debemos sino la equidad que se debe á todo prójimo, pero ninguna especial consideración. La absoluta imposibilidad de contestar á tanta carta y de recibir á tantos como llaman á la puerta, es ya abonada excusa, pues á lo imposible nadie está obligado. En mi domicilio de Madrid, verbigracia, se presentan mañana y tarde gentes que desean verme con urgencia, á fin de *pintarme el caso*, así diría un personaje de Pereda, ó para *decir su hecho*, según la frase usual de Santa del Río. El título que alegan más comúnmente es que son de mi pueblo, el cual (la Coruña) tiene una población de cincuenta mil almas. Figúrese el piadoso lector que se haya de franquear la puerta á cincuenta mil personas, y que todas se creen revestidas de derecho á encomendarnos la gestión de sus *petites affaires*. Cuando los que acometen la puerta son despedidos, suelen enfurecerse y prorrumpir en dicerios. «¿Cómo se entiende? ¿No me recibe?» Y hubo alguno que añadió: «¿Conque es escritora y no recibe?» Este, sin duda, identificaba el concepto del escritor con el del memorialista de á real. ¡Oh Musas!

Hay en las recomendaciones algo muy divertido que llamaremos «la cadena sin fin.» Fulanito que recomienda á Mengano, para que Mengano lo haga á Perencejo, y Perencejo á su vez traslade la recomendación á Zutana, la cual ha de *apretar* con Perico de los Palotes; sólo que Perico de los Palotes no es más que una rueda para prender en otra, el señor de Piave, y el Sr. de Piave la influencia decisiva para el Excmo. Sr. de Pezuñarco..., y *casi via discorrendo*, desde el hisopo hasta el cedro asciende gradualmente la recomendación y llega al fin de su viaje que ya no la conoce su propio inventor. Ni rastro queda en ella de la eficacia del primer deseo; con indiferencia profunda se la transmiten unos á otros los Zutanos, Menganos, Fulanitos y Excmos. Sres., acompañando la consabida fórmula: «Contésteme usted para cumplir con un amigo.»

Estudiando la psicología de los *influences*, estoy segura de que ese aire precavido, desconfiado, escamado y metido en sí que con frecuencia adoptan los hombres políticos, no se debe más que al terror de las recomendaciones. Andan cariacontecidos y mal engastados, y no pueden entregarse á la expansión, por atender á parar el sablazo de influencia que les descargan en cualquier esquina de un salón, en la calle, en misa (si es que la oyen), á la puerta de su casa, al comer y al dormir... «Dondequiera nuestros enemigos nos acometen y persiguen», reza la cartilla. Compadezcamos á esos miseros poderosos de la tierra; mucho bien pueden hacer; harlo pueden gozar favoreciendo y suscitando la divina armonía de la gratitud...; pero en cambio, ¡qué de acosones! ¡Qué de negativas, qué de efugios, qué de escapatorias, qué arides de Piel Roja, qué estratagemas de pirata! ¡Qué sofoquinas, cuánta promesa escrita en el aire, cuánto embuste, cuánta labor sutil para no contentar á nadie y dar una esperanza á todos; qué de pactos, de transacciones y de cambios de influencia entre personajes; qué abroquelarse, qué recogerse en la concha de tortuga de los aplazamientos!

Las recomendaciones son un aspecto tan peculiar de nuestra vida contemporánea, que he de volver á hablar de ellas: no he agotado la materia hoy, ni mucho menos. Y si me he nombrado á mí misma, espero que el lector no lo lleve á mal, puesto que no ha sido con intentos de alabanza: me he presentado únicamente como *caso* de la terrible epidemia que padecemos. ¡Caso que por cierto no deja de ser curioso! Hay en España á estas fechas algunos centenares de personas que sólo ven en mi constante vocación literaria, en mi vehemente afición al estudio y á la palabra escrita, el aspecto útil que para ellas pueden revestir estas mis manías (es posible que así las consideren). Mi asidua labor, mis cicatrices de veterano significan para las personas á que me refiero algo que imaginan que puede serles materialmente útil, y me piden — sin conocerme, ó como algunos dicen, «sin que yo tenga el honor de conocerles» — el destino, el sueldo, la nómina, la colocación. Y si del montón de mis libros no puede expresarse este jugo, ¿de qué sirven? Maldito si valía la pena de haberlos emborrinado.

Seamos justos. No siempre me escriben para tratar de empleos. Hay aún por ahí quien se acuerda de las letras por las letras. Entre ellos está otro nuevo corresponsal sobre Bretón y Ventura de la Vega, á quien prometo responder en mi crónica próxima. En esta las influencias lo han absorbido todo, como lo absorben y lo dominan en la vida real, saturando nuestra atmósfera de electricidad buscona y pediguña.

EMILIA PARDO BAZÁN